

## *En su mejor momento*

**SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 27 ENE 2002**

[http://elpais.com/diario/2002/01/27/domingo/1012105833\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/01/27/domingo/1012105833_850215.html)

HE AQUÍ UN HOMBRE plenamente satisfecho. Lo está por lo bien que le ha ido en la vida, por haber podido orientar todo con rapidez: su futuro profesional, su vida de familia, sus crecientes responsabilidades políticas. Lo está por el entorno familiar: su hija, que al parecer se le casa también muy joven; su esposa, que reúne todas las cualidades para entrar en política, aunque no le consta que tal sea, por ahora, su intención. Lo está por el partido que ha sabido construir, el más fuerte posible, con los mejores equipos posibles, capaz de transmitir confianza y convicción. Lo está por el Gobierno que preside, muy vigoroso, muy reformador, muy fuerte. Lo está por el país que gobierna, España, primer inversor en Argentina y quinto en el mundo. Lo está por el proyecto de futuro que anuncia: España, por fin, entre los grandes.

Son sus palabras, palabras de un hombre satisfecho, de un hombre que atraviesa 'el mejor momento de (su) vida política'. ¿Dónde quedan ahora los malos augurios, los diagnósticos catastróficos que enunciaron ayer sus entrevistadores de hoy? Altanería ensoberbecida y antipática, producto de una depresión endógena causada por cierto colapso de sus neurotransmisores: así definía poco antes de las vacaciones de verano la situación política y la actitud del Gobierno y de su presidente un distinguido periodista que hoy anota sin rechistar las palabras de este hombre feliz. Ni *vacas locas*, ni conflictos con jueces, ni submarinos nucleares, ni problemas de inmigración, ni Gescartera, ni planes hidrológicos, ni leyes orgánicas, ni nada, en fin, de todo aquello que según titulaba otro gran periódico hacía perder el paso al Gobierno, ha trastabillado el andar de su presidente: estabilidad y buena marcha; lo que vale para España, vale también para José María Aznar.

Sin duda, sin duda, no todo el mérito le pertenece. La oposición ha contribuido también lo suyo para que la faz antipática y más bien sombría que el Gobierno arrastraba hace no más de seis meses se haya convertido en esta manifestación de felicidad sin mancha de la que hace hoy gala el presidente.

Nada le contraría, nada va descarriado y hasta el jardín de la sucesión por el que se había metido aparece hoy cultivado con gran esmero y copioso fruto: ninguna flor crece más aprisa que la vecina, ninguna quiere destacar, no vaya a ser que caiga bajo la guadaña. De esta manera puede saborear ese grado supremo de poder que consiste en anunciar su propia marcha a sabiendas de que quien venga detrás sólo dará el paso al frente cuando él decida.

Lo cual quiere decir que cuenta con un partido en verdad disciplinado, uno que recuerda los primeros tiempos socialistas, dominados por votaciones *a la búlgara*. Aquello, sin embargo, constituyó una anomalía en la secular historia del PSOE, antes de su primera llegada en solitario al poder e inmediatamente después de su total disfrute. Esto, por el contrario, caracteriza la fase final de un reinado, después de que la derecha, previamente centrada, volviera otra vez donde solía. No hay un Guerra en este partido. No hay luchas intestinas, no hay facciones, no hay tendencias; por no haber, no hay siquiera sensibilidades diferentes, aquella cursilería con la que pretendieron ocultar los socialistas sus navajazos postreros. Aquí hay un líder; después, nadie, y ya luego, una plana mayor de dirigentes que rivalizan en mostrar un bajo perfil ante la mirada de la base, que no discute nada, aplaude a todos y pide al líder que no se vaya.

Es, por tanto, el congreso de la culminación: esta vez se puede escribir tranquilamente de un acontecimiento antes de que las puertas del gran festejo se abran: todo está escrito de antemano, atado y bien atado. El congreso será, ha sido, una fiesta, la que proporciona la certeza, más que la convicción, de que el partido de España va bien, del centro reformista, del patriotismo constitucional, está ahí para durar; de que el Gobierno les pertenece porque la fusión de poderes, las estructuras de mando, las redes de intereses, trenzadas durante estos años son sólidas e inexpugnables, a prueba de escándalos.

Nada perturba el horizonte, o al menos nada que pueda afectar a la previsión de futuros triunfos: por tener, tienen hasta la oposición más bendita del mundo. Nada de extraño, pues, que este hombre, satisfecho por cómo le ha ido en la vida, lo esté también porque nunca volverá a conocer el amargo sabor de la derrota.

# *El Gobierno se divierte*

Santos Juliá, El País, 10 marzo 2002

[http://elpais.com/diario/2002/03/10/domingo/1015734634\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/03/10/domingo/1015734634_850215.html)

POR UNA VEZ, la noticia no procedía de una agencia de información, ni de un corresponsal en el extranjero, ni de un enviado especial, ni de un periodista de investigación; por una vez, el diario que publicó la noticia, *El Mundo*, tuvo que admitir que su fuente manaba de la Embajada de España en Rabat. La noticia, pues, se gestó en una embajada, y como las embajadas transmiten sus informes directamente a los Gobiernos, y no a los medios de comunicación, alguien del Gobierno la pasó, frotándose las manos, al periódico. A eso llaman en periodismo de investigación tener acceso a la fuente.

Ahí radica el verdadero escándalo de la información falsa transmitida por la Embajada española en Rabat al Gobierno -si a Exteriores o al portavoz, nadie lo sabe-, y del Gobierno a *El Mundo*, a propósito de un encuentro inexistente entre Felipe González y Abderraman Yussufi, que habría culminado en una conversación de ambos con el rey Mohamed VI. Escándalo porque revela la perversa relación que los poderes públicos mantienen en España con los medios de comunicación, a los que no dudan en pasar informes confidenciales con tal de convertirlos en arietes de la lucha entre partidos, y porque pone de manifiesto que el Gobierno vulnera impunemente las normas que la legislación le impone si con eso piensa sacar tajada en su afán de pulverizar a la oposición.

De modo que aun si hubiera sido verdad el encuentro, y si hubiera sido verídica la información transmitida, el escándalo habría sido idéntico: una colusión entre el Gobierno y un periódico para airear informes por naturaleza confidenciales. Que el Gobierno no se haya reservado esa información y la haya archivado sólo puede explicarse porque, tratándose de un notición que afectaba a la fama de Felipe González, encontró divertido entregarlo al público, a ver si alguien se tragaba que el mal momento de las relaciones entre España y Marruecos tiene un culpable, uno sólo, Felipe González, que anda por ahí embrollándolo todo, traicionando los intereses de España, desleal como es por carácter y por rencor.

De ésta más que lamentable conducta no ha aparecido hasta hoy ningún responsable. Todo se reduce a una información mal procesada, nos aclara,

alisándose el cabello, el ministro portavoz. Y así, al escándalo se añade el insulto, a los injuriados y a la ciudadanía en general. Porque, vamos a ver, este selecto plantel de ministros tan risueños a la hora de ofrecer ruedas de prensa, ¿de qué se ríe? Pues se ríe de la explicación que en ese momento se ofrece al público. Luego, ya puestos, todos se ríen de su propia risa, de lo bien que se lo están pasando, de la cara de idiota que ponen los demás, que no dan crédito a sus ojos, sin que nadie les diga lo majadero que es inventar semejante patraña - una información mal procesada, qué gracia- y lo rematadamente estúpido que es creer que ni por un momento los oyentes se la van a tragar.

Así han salido del paso, con risotadas y falsas excusas, pues valen para ocultar a los culpables. Nadie ha presentado todavía la dimisión, no ya por el origen de la información falsa, cuestión por la que un embajador que se precie debería tener las maletas recogidas y el billete de vuelta en el bolsillo, sino por la vía ilegal por la que aquella información confidencial ha llegado al público. Uno de ellos al menos, el ocurrente inventor de la tesis de la información mal procesada, el que luego al dar explicaciones en el Parlamento grita y palmotea leyendo la chuleta que lleva preparada, debería estar ahora en casa, no ya alisándose, sino mesándose los cabellos.

Pero no; ahí los tienen ustedes, tan campantes, dando el espectáculo. Y para colmo, el presidente del Gobierno de España, el primero que debería exigir responsabilidades por el origen de una falsa información que afecta a su predecesor y por su espuria transmisión al público, se ha permitido dar también su versión. Esto, señoras y señores, es un cotilleo, y él no se dedica a cotilleos. Con lo que el presidente no sólo compite en majeza con sus ministros, sino que les gana de calle. El presidente no cotillea; pues qué bobada, hombre, si por afirmarlo supone que alguien se va a creer que no tiene ninguna relación con el origen del cotilleo, o con su tramitación posterior, o con la insultante manera de echar tierra al asunto.

De todo este fiasco, lo único que queda claro es que estos señores se creen tan fuertes que pueden permitírselo todo: estar en el origen de un infundio y rematar la faena riéndose a mandíbula batiente de quienes exigen explicaciones. Lo dicho, un espectáculo.

# *De rodillas*

Santos Juliá, El País, 19 mayo 2002

[http://elpais.com/diario/2002/05/19/domingo/1021779032\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/05/19/domingo/1021779032_850215.html)

CUANDO ELABORÓ y publicó, hace dos meses, su *Documento de Bases para una Ley de Calidad de la Educación*, el equipo del Ministerio de Educación, con su ministra al frente, olvidó el lugar que a la religión reservaba en los distintos niveles de enseñanza obligatoria; es que ni se mencionaba la religión en las decenas de folios del documento; nada, ni una palabra. Daba la impresión de que, ante el temor de reabrir el eterno debate sobre la enseñanza de la religión católica en las escuelas, se hubieran dicho para su magín: mejor no tocarlo, mejor dejarlo como está.

Pero inmediatamente después de que los atentos ojos episcopales repararan en el olvido, comenzaron los lamentos y las muestras de victimismo, como si hubiéramos vuelto a los días del Imperio Romano, o de la República, que no se sabe qué fue peor. La ministra, entonces, se puso a pensar, o eso fue lo que dijo: estamos pensando. Mientras se dedicaba a tan productiva tarea, no perdió ocasión de tachar de irresponsables y demagogos a todos los que manifestaban pensamientos en una dirección no ya contraria, sino distinta a lo que ella y su equipo iban dejando caer. Terminada la fase de pensamiento, globos sonda e insultos, pasó a la acción, con un resultado que nadie, ni siquiera los más pesimistas, se había atrevido a conjeturar: la ministra Pilar del Castillo había pensado en un mes lo mismo que el cardenal Rouco venía pensando desde hace más de diez años.

Eso que la ministra y el cardenal habían pensado quedó plasmado en el *Anteproyecto de Ley de Calidad de la Educación*, aprobado esta misma semana por el Gobierno. Consiste el invento en crear un área o asignatura de Sociedad, Cultura y Religión, añadida a la lista de materias obligatorias de la ESO y del Bachillerato. La tal área o asignatura se cursará de acuerdo con la Disposición Adicional Segunda, en la que la ministra, no satisfecha con haber pensado lo mismo que el cardenal, se pone, o pone al Estado, de rodillas ante los obispos y les entrega su docencia al establecer dos “opciones de desarrollo”: una de carácter confesional, otra de carácter no confesional. Las decisiones sobre currículo y

profesorado de la primera opción corresponden a las llamadas “autoridades eclesíásticas”; la segunda corresponde al Gobierno.

Verlo para creerlo. Es inconcebible que un ministerio de un Estado no confesional reconozca por ley orgánica la posibilidad de una “opción confesional” de un área llamada Sociedad, Cultura y Religión. La denominación del área o asignatura ya se las trae, sobre todo si se tiene en cuenta que los artífices del hallazgo son catedráticos en facultades de Ciencias Políticas y Sociología. Pero lo realmente incomprensible es que un equipo ministerial dirigido por distinguidos científicos sociales conciba la posibilidad de una “opción de desarrollo de carácter confesional” de un área de ciencias sociales. Vergüenza les debería dar haber ocultado bajo conceptos cargados de historia -sociedad, cultura, religión- lo que, si se denominara por su verdadero nombre, no tendría cabida en un Estado cuya norma fundamental es una Constitución no confesional.

Pues el nombre verdadero de todo esto es catequesis católica, no religión, mucho menos cultura, menos aún sociedad. El cardenal, que sabe bien de qué va toda esta historia, se mostraba eufórico el otro día, con razón: ha conseguido todo lo que “venimos pidiendo hace más de una década”. Todo y algo más: ha logrado que una ley orgánica de un Estado que se dice no confesional reconozca a las “autoridades eclesíásticas” el insólito poder de administrar, en todos los centros escolares, una opción confesional en el campo de las ciencias sociales. Se comprende que otro obispo, más hipocritón, susurrara: no hay que mostrarse demasiado triunfantes, no vaya a ser que la oposición se soliviente.

La oposición, cuando era Gobierno, no se atrevió a implantar la única solución acorde con la Constitución: la transmisión de la fe es un asunto que concierne a la comunidad de creyentes, no al Estado, que debe mantener una estricta neutralidad, garantizando en todo caso que los centros docentes faciliten, fuera del horario escolar, locales para que los ministros de las diferentes confesiones, la católica incluida, impartan sus catequesis religiosas a quienes deseen recibirlas. Esa fórmula habría exigido la denuncia de los acuerdos arrancados por la Santa Sede a los débiles Gobiernos de UCD en plena transición. Nadie podía imaginar que, al cabo de un cuarto de siglo de aquellos ominosos acuerdos, íbamos a caer de bruces en fórmulas más confesionales que las conocidas durante el régimen de Franco: de *maría*, la religión católica pasa a inundar el área de ciencias sociales. Hurra por la ministra y por su equipo.

## *Que se vayan todos a cazar*

Santos Juliá, El País, 08/12/2002

[http://elpais.com/diario/2002/12/08/domingo/1039321835\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2002/12/08/domingo/1039321835_850215.html)

ES QUE NO LO PUEDE disimular. Cuando le preguntaron por su jornada cinegética en los Pirineos se le puso cara de que iba a hablar de los GAL; o más exactamente, se le puso cara de que iba a recitar todo el rosario de catástrofes que se abatieron sobre España mientras el partido socialista se mantuvo en el poder. Las gentes de Galicia se afanaban sacando a puñetazos toneladas de un producto negro y viscoso y él volvía de una jornada de caza; pero nada, puso cara de que iba a hablar de los GAL y habló de los GAL, y de Filesa, y de la corrupción, y del tiro en la nuca, y de la cal viva. De todo, menos de que él [Francisco Álvarez Cascos], ministro de Fomento, responsable de la Marina Mercante, se había ido de caza a los Pirineos mientras en el otro extremo de España la gente andaba recogiendo con sus manos aquella marea negra que estaba a punto de arruinar las economías de miles de familias gallegas.

Ir de caza siendo ministro trae recuerdos, qué le vamos a hacer, de los llamados eufemísticamente otros tiempos, conocidos también como régimen anterior. Y lo curioso del caso es que otro protagonista principal de esta historia directamente venido del régimen anterior también salió de cacería y a la vuelta tampoco pudo disimular. Cuando fue preguntado por su jornada cinegética del sábado o domingo mismo en que la marea alcanzaba su tierra, se le puso cara de que iba a responder con un exabrupto y ni corto ni perezoso respondió con un exabrupto doblado de una mentira: patrañas, dijo el hombre, y se quedó tan ancho. Patrañas, las informaciones sobre su excursión cinegética por tierras de Castilla mientras las gentes esperaban entre el temor y la impotencia la llegada de aquel cuerpo negro y viscoso que se extendería en breve como un sudario por las playas de Galicia.

Cuando un Estado pone de manifiesto tan elocuentemente, y tan a la vista de todo el mundo, su incapacidad para hacer frente a una catástrofe de la magnitud de la que se les ha venido encima a los gallegos, lo menos que puede pedirse a un Gobierno es que no pierda su sitio, que se comporte. Este

Gobierno, sencillamente, ha perdido o, mejor, no ha encontrado su sitio, con lo cual ha agravado todavía más la impotencia del Estado. Dice con su habitual gracejo el señor vicepresidente primero que ningún Estado del mundo dispone de todos los medios necesarios para afrontar una situación como ésta. Tiene razón: ningún Estado dispone de todos, pero ocurre que el Estado español ha demostrado no disponer de ninguno, que no es lo mismo. Un montón de Estados de lo que ahora llamamos ufanos nuestro entorno dispone al menos de uno y hasta de dos: Italia, Francia, el Reino Unido, Bélgica, Holanda, Noruega y Alemania han enviado al menos un barco cada uno para recoger lo que se pueda del veneno negro.

Aquí, sin embargo, no tenemos más que manos para enrollar el chapapote como si fuera un manto de césped. Pero entonces, cuando se trata de recoger con las manos, el sitio del Gobierno es suplir con su presencia las carencias del Estado. El problema es que esta catástrofe ha demostrado que nuestro Estado sigue siendo una chapuza en cuanto surge un problema grave, y que el Gobierno, cuando tal cosa ocurre, ni está ni se le espera: no hay barcos para sacar el fuel, no hay mascarillas, no hay capacidad para movilizar al ejército hasta que la catástrofe es irremediable; al ejército, hombre, que los países de nuestro entorno ponen a trabajar nada más que amenaza una inundación. No hay nada excepto declaraciones en las que no se sabe qué admirar más, si la supina ignorancia que revelan o la rutina descalificatoria en la que se obstinan.

Hay ocasiones en que las catástrofes dan la medida de los gobernantes: ocasiones en que aparece alguien dotado de energía y capacidad de movilizar recursos para hacer frente con eficacia a lo que la globalización, antes providencia, tuviera a bien enviarnos para ponernos a prueba. Esta vez, la marea negra se ha llevado al fondo del mar el poco crédito que le quedaba a este Gobierno cuando debe habérselas con crisis imprevistas y demuestra no tener mejor ocurrencia que entrar en miserables batallas con la oposición encendiendo la gramola para repetir como un disco rayado que, cuando los otros, las cosas se hacían peor. Es, de verdad, para darles el pasaporte y que se vayan todos por ahí de cacería.

Otras columnas y tribunas en: [http://elpais.com/autor/santos\\_julia/a/](http://elpais.com/autor/santos_julia/a/)